

Raro favor del dueño que me inspira
Haga vibrar las cuerdas de mi lira?

Si; que entre hierba, en el verdor de Mayo
Yace, tal vez, un toscó cristalillo;
Velo al pasar el inocente payo,
Sin que le mueva su valor sencillo;
Mas si acaso despues del sol el rayo
Le llega á iluminar, le da tal brillo,
Que, creyéndole ya diamante hermoso,
Vuelve á cogerle el payo codicioso.

Sólo así herido de vital centella
Puede mi ingenio alzarse á empresa tanta,
Cual saludar á la graciosa estrella
Que sobre nuestro Oriente se levanta;
Del sol hispano, y de su aurora bella
Dulce reflejo, que la vista encanta;
Y á quien hoy suben votos de mi musa,
En el desórden que el contento excusa.

¡Ansia del porvenir! Signo evidente
De la inmortalidad de nuestras almas,
Que añades al placer del bien presente,
Dulce atractivo de futuras palmas;
¡Cómo tu noble influjo un padre sientel
¡Cuánto sus tiernas inquietudes calmas,
Pintándole la gloria y bienes fijos
Que deben disfrutar tras él sus hijos!

Esto de un padre Rey la mente inflama,
Esto arrebatá á un pueblo enternecido;
Cuando aquél lleva al trono, éste proclama
La sucesion de un vástago florido;
Y una Isabel será.... La etérea fama,
Alborozada al nombre esclarecido,
Dando aliento al clarín, dice á la historia:
«Este es el tiempo de cantar la gloria.»

Otra Isabel, engrandeciendo á España,
Junto el Moncayo al suelo de Castilla;
Y ardiendo en gloria de marcial campaña,
Libró á su patria de la infiel cuchilla;
La ciencia, que á otros Reyes fuera extraña,
De apreciar el talento, en ella brilla;
En Colon distinguió saber profundo,
Le dió su espada, y conquistó otro mundo.

Ufana de esta Pálas coronada
Que le legó memoria tan gloriosa,
España no recela, ántes le agrada
Ver la corona en sienas de una hermosa;
La virtud y el error tienen entrada
Donde se alberga un alma generosa;
Todo sexo es capaz de altos renombres,
Las grandes almas son los grandes hombres.

Y una, que envuelta entre las hojas tiernas
De su primera flor el cielo brinda,
Del árbol de Borbon, que sus eternas
Ramas al tronco de Pelayo alinda,
¡Cómo podrá dudar que sus internas
Adoraciones la nacion le rinda,
Hoy que en el trono angélica descuelna
Sobre la falda de su madre bella!

Que en tan precioso asilo es verla en manos
De la beneficencia y la dulzura,
En el seno de paz que vuelve hermanos
A cuantos lidian en discordia dura;
De donde huyen rencores inhumanos,
Y la fidelidad duerme segura,
Respirando el valor con que algun dia
Hará feliz la hispana monarquía.

De reales hembras nuestro fuero ha hecho
En ley de sucesion fijas estrellas,
Tanto que en muchos Reyes el derecho
Fué un regalo de amor por mano de ellas;
Del vuelo de los siglos á despecho
Vivas áun duran sus acciones bellas,
Y el brillo oscurecer de su memoria,
Es robar los diamantes á la historia.

Con valor y virtud nuestros mayores
Acataron á Urracas é Isabeles,
Como vemos regir riendas de flores
Los leones del carro de Cibéles;
Y en su beldad templados los rigores
Bravos los vimos ser, mas no críeles;
Que entónces arrostrar la lid más dura
Era un feudo pagado á la hermosura.

Así evitaron tiempos de licencia,
En que á tantos dictára la codicia
Que en aras de la propia conveniencia
Se inmolen el derecho y la justicia;
Y así diademas dando á la inocencia,
Y á Isabel siendo nuestra fe propicia,
España acata á sus antiguas leyes
Jurando reina á la hija de sus reyes.

Babilonia brilló con monumentos
Por Semiramis bella al cielo alzados,
Estímulo á los choques más sangrientos
Fué una Teresa de Austria á sus soldados;
Largos frutos de industria y de talentos
Catalina alcanzó climas helados,
Semiramis, Teresa, Catalina,
Sed fasto anuncio á la hija de Cristina.

Que ésta desde ora ante sus ojos pinta
Cuadro inmortal de generosos hechos,
Que de la ingratitud la negra tinta,
Nunca podrá borrar de nuestros pechos.
Así, cual iris fué; su vária cinta
Tiende sobre nublados ya deshechos;
Hoy la aclama su córte Carpentana
Sensible, amable y bella soberana.

Tal será el grito que en triunfal decoro,
Entre ondeantes ricas colgaduras,
Dará gozosa á ta carroza de oro
Gente en el suelo y gente en las alturas;
Del aire, en tanto, respondiéndolo en coro,
Se oirán las arpas de las Gracias puras,
Que son ornato á la Princesa bella,
Y tambien juran el reinar con ella.

Ya el templo en oro y púrpura vestido,
Ya el ara al sacro rito preparada,
Ya el congreso de Próceres unido,
Ya abierto el libro de la ley sagrada;
Todo atiende el momento apeteido
En que el hispano pueblo sancionada
Deje á Isabel su fe, cual digno ensayo
Para elevarla al trono de Pelayo.

Sube el áureo escalon, Princesa niña,
Del puesto angusto á que derecho obtienes;
Donde guirnaldas que el amor te ciña
Preparan al laurel tus bellas sienas,
Donde la que en su falda te encariña
Te enseñe á convertir males en bienes;
Siendo allí, de tus padres en presencia,
Años de paz, tus años de inocencia.

CANTOS DIDÁCTICOS.

I.

Á LAS NOBLES ARTES.

INTRODUCCION.

El Rey es númen del talento hispano;
Para vencer en generosas lides
Alcanza el español fuerzas de Alcides,
Si le brinda un laurel su augusta mano.
Hoy es el triunfo de las artes bellas;
Hoy el Monarca las levanta al cielo:
¡Podré seguir su generoso vuelo?
¡Dirá mi débil voz que parten ellas
Con la virtud gloriosos atributos?
¡Que su guirnalda esmaltan de colores,
Y que, si bellas obras son sus frutos,
Tambien las bellas artes son sus flores?
¡Ah! canta tú sus pasos bienhechores,
Musa de la verdad, y hazles justicia.
Aquel que ve la luz en tan propicia
Hora, que en los arrullos de la cuna
Naturra con sus dones le acaricia,
Y con pródiga mano la fortuna;
Que, tierna planta, erguirse asegurada
De atrojos debe al paternal desvelo,
En tanto que ella crece encadenada

A la influencia natural del cielo;
Si sus inclinaciones con sosiego
A los objetos van que las despiertan,
Sin luchar con obstáculos que luégo
En furiosas pasiones las conviertan;
Su corazón, formado en el cariño
De los que le cercaban cuando niño,
No temerá que su placer le roben,
Y amaré á sus iguales cuando jóven.

Entónces, ¡cuán serena entre destellos
De amor, de paz, de gozo y de abundancia,
Que el crepúsculo ornaron de su infancia,
Saldrá la aurora de sus dias bellos!
Lucirá apénas la primer centella
De su naciente ingenio, cuando amigas
Vendrán las Musas derramando en ella
Aromas que alcanzaron las fatigas

De los que Apolo unió á sus estandartes,
Ya en los sublimes ramos de las ciencias,
Ya en los floridos campos de las artes.
¡Harto feliz! pues sólo las esencias
Su razon gustará de las divinas
Rosas, que entre malezas y entre espinas
Lograron los gloriosos inventores.

Tendrá principio en medio de estas flores
Aquel secreto instinto, aquel interno
Órgano de razon, gérmen eterno
De toda rectitud, por quien el hombre
Desengañado la primer guirnalda
De la simple verdad ciñó en la frente;
Y al estampar con labio reverente
En la celestial orla de su falda

De tan sublime adoracion el sello,
Exclamó: «La verdad sola es lo bello.»
Voz del buen gusto fué, voz que en el alma
Del venturoso jóven que describo,
Proclamará virtud; siendo en la calma
De su inocente vida, al aflictivo
Cuadro de las miserias de los hombres,
Bienhechor tan sensible, como esquivo

Despreciador de los soberbios nombres
Y falsos relumbrantes atavíos
Con que del genio en la veloz carrera
El mal gusto entre locos descarríos
Disfraza la hermosa verdadera.
Idólatra del órden, su desvelo,
Por restaurar del mundo la armonía,
Despertará la industria hasta en el hielo

De la mendicidad, y aquellas yertas
Manos, en vil pereza abandonadas,
Sólo en demanda del sustento alzadas,
Dóciles á su voz, de hoy más expertas,
Haránse dueñas del pincel que anima,
Del buril que conserva, y atrevido
Cíncel que al cielo el gran padron sublima,
Do se estrellan las olas del olvido.

Y su opulencia, al fin, como el granero
En donde cada laboriosa hormiga
El fruto viene á hallar de su fatiga,
Todo lo inundará, raudal fecundo
De alivio al pobre y de ornamento al mundo.
Tanto el buen gusto, entre el placer nacido,
De la delicadeza hijo querido,
Indivisible á la virtud se enlaza;

Y ¡oh virtud! si es tu basa la justicia,
Y de ésta el órden sólo es la delicia,
¡Qué razon, qué alma bella en el buen gusto
No adora el simulacro de lo justo?
Pero mi canto suena, y tu sonrisa,
Sabio Liceo, irónica me avisa
Que no es en mis rimas lisonjeras
Ningun sér del país de las quimeras;

Sino que esa virtud consoladora,
El amor á lo bello y á lo justo,
Esa gracia que todo lo decora,
Esa beneficencia, ese buen gusto,
Vivo y presente lo mirais ahora
En uno y otro soberano angusto,
En Fernando, en Cristina, cuyas prendas....
No las profanará la musa mía,
Por perpetuarlas en eterno dia;
Que á los elogios su beldad se esquivá,

Como al tacto modesta sensitiva;
Huye el pincel que cautivarla emprende,
Y del pintor al corazon se prende (1).

Pero es su real designio que hoy tan sólo
A las hermanas tres, hijas de Apolo,
Escultura, Pintura, Arquitectura,
Se tributen obsequios y oblaciones.
Por eso yo de sus alegres dones
Tímido acento voy á dar á algunos
En versos nuevos no, pero oportunos
Preludios de mi vaga fantasia;
Que el aura del favor, en este dia
Dispensado á las artes sin ejemplo,
Trae á sonar en su dichoso templo.
Y si para expresar cuadros felices
Temeis me falten tintas ó matices....

RASGO DIDÁCTICO (2).

Tambien las Musas cuentan por pinceles
El dulce metro y la sonora rima;
Y es suyo retratar con rasgos fieles
Cuanto en gloria y valor el mundo estima.
Homero fué pintor al par de Apéles.
Quien del estro feliz que á ambos anima
No siente en sí la inspiracion secreta,
Ni será artista, ni nació poeta (3).

Pásmase el hombre al contemplar la altiva
Cúpula del soberbio Vaticano;
Mira asombrado que en el mármol viva
La figura de un dios por grieda mano;
Pásmase al ver que Vénus expresiva
Salga de un lienzo que animó Ticiano,
Sin distinguir la mente, mal segura,
Si el hombre es criador ó criatura.

Mas el supremo Autor, que el orbe mueve,
Sus dones en el hombre así ha fijado,
Que no alcanza á crear la flor más leve,
Pero sí á retratar cuanto es creado.
La luz ordena que á su mente lleve
De cuanto tiene forma el fiel traslado;
La imitacion que esta verdad exprime
Es de las artes la intencion sublime.

Así en terso cristal ó clara fuente
Se pintan montes, árboles y prados,
Distintos, desde un seno transparente,
Confusos, de cristales empañados,
Lo mismo el hombre en luces eminente
Los objetos que ve deja expresados
Con tal verdad, cual nunca se previno
Al que no goza de su dón divino.

¡Oh fantasia! ¡oh genio imitativo,
Distincion de la humana inteligencia,
Cuánto al placer añades de atractivo,
Cuánto á la vida agrado y conveniencia!
Paras el curso al tiempo fugitivo,
Y á lo que ya murió das existencia;
Por tí cuanta virtud el orbe admira,
En lienzo, en bronce, en mármoles respira.

Que en vano escribe páginas la historia
Que á referir sucesos sólo alcanza,
Si de los héroes dignos de memoria
No nos diera el pincel la semejanza.
El los presenta respirando gloria,
Y ejerciendo el rigor de espada ó lanza,
En soberbios bridones cabalgados,
Hollando muertos y arrollando osados.
Veo á Pescara en el que rige fiero,

(1) Muchos de los anteriores versos se hallan ya en el poema *Emilia*. (Nota del Colector.)

(2) Fué hecho para la exposicion pública de la Real Academia de San Fernando, en 1826.

(3) Estos últimos versos son imitacion evidente de aquellos otros que en 1808 habia recitado don Juan Nicasio Gallego en la misma Academia de San Fernando:

Quien al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
Su corazon de hielo
Hervir no siente en conmocion secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.

(Nota del Colector.)

Y un rey postrado á su sangriento estribo;
Que muestra reprimir su ardor guerrero
Por templar la afición del real cautivo;
Veo á Farnesio, al reflejar su acero
Las raudas ondas del Escalda altivo,
Firme en el puente, entre abrasadas ruinas,
Burlar la furia de flotantes minas.

Créese ver los bravos campeones,
Y los campos pisar en que batallan;
Tanta verdad respiran sus facciones,
Tan perfecta ilusión los ojos hallan.
Si se muestra el clarín, se oyen los sonos,
Si cañones se ven, piensas que estallan;
Causando están pavor brazos que hieren,
Y moviendo á piedad ojos que mueren.

Mas no siempre el pincel sus rasgos bellos
Enluta con la guerra asoladora,
Que fecundo á placer extiende en ellos
El manto de la noche ó de la aurora;
Y el lienzo iluminando, en los destellos
De la primera luz que el campo dora,
Ofrece grato entre árboles y flores
Danzas de ninfas, juegos de pastores.

O bien blanquea un tumulto lejano
Entre el verde ciprés y el vago ciclo,
Que al alma inspira un sentimiento humano,
Mezclado de dulzura y desconcielo;
La pastoril Arcadia así en Albano,
De lágrimas se ve por entre un velo;
Y un recuerdo fugaz hace presente
La mal dormida pena en nuestra mente.

Del seno en que se ocultan las pasiones
El arte imitador siempre es la llave,
Que al colmo de las inclitas acciones
Les abre el paso y dirigiéndolas sabe;
Bálsamo dulce en duras aficciones,
Que de la ausencia el mal hace suave;
Pues no está ausente todo el que pintado
Puede el rostro mirar del bien amado.

Si tal prodigio alcanza la armonía
Del color y la sombra contrapuesta,
Superior la escultura, su osadía
En indócil materia manifiesta;
Al peñasco más duro que se cria
De la escabrosa sierra en la alta cresta,
Le desbasta, y con mano milagrosa
Hace salir las formas de una diosa,
Y nace Galatea. ¡Oh Dios! ¡Quién diera
Tal morbidez al mármol, tal dulzura!
¡Baharse el labio en risa lisonjera!
¡Latir el doble seno con ternura!
El cincel, por temor de que la hiera,
Retira el escultor; y en la hermosura
Desconociendo de su genio el fuego,
Cae á sus pies enamorado y ciego.

La corriente del tiempo que destruye
Generaciones, y el albergue de ellas,
Todo lo envuelve en ruinas, pero huye
Tal vez de herir á las estatuas bellas;
Así á Venus y Apolo restituye
A nuestra admiración, á ser estrellas
Que si un tiempo adoró la idolatría,
Hoy al bello ideal sirven de guía.

De más altas empresas vencedora,
Y engrandeciendo más el genio humano,
La audaz arquitectura, que aun decora
La griega fama y el poder romano,
Es de la vida amable protectora;
Y su compas un cetro, que en su mano
Fuerza á los destructores elementos
A respetar sus altos monumentos.

Aun duran, fatigando á las edades,
De Méfis los soberbios obeliscos;
Aun puentes que dominan las ciudades,
Arcos que enlazan enenbrados riscos,
Gimnasios que recuerdan crueldades,
Columnas entre rústicos apriscos,
Y de elegancia y gusto altos ejemplos
En bellos termas (1) y elevados templos.

(1) Termas, magníficos palacios romanos en que había no sólo baños públicos, sino también gimnasios, bibliotecas y jardines. (Nota del Colector.)

Los hombres mueren, y las obras duran;
Ni aun polvo son los héroes que recuerdan:
Las tres bellas hermanas aseguran
Que los frutos del genio no se pierdan;
Contra el ocio y la envidia, que murmuran,
Cuantos sienten lo bello, en dar concuerdan
Larga inmortalidad y eterno brillo
A Miguel-Angel, Fídias y Murillo.

Tú durarás también, ¡oh maravilla
Que del brío español marcas el vuelo,
Y en elegancia y majestad sencilla
Unes el solio á la mansión del duelo;
Que el poder de los reyes de Castilla
Muestras á par que el religioso celo,
Y recordando la feliz victoria,
Bastas de Herrera á eternizar la gloria! (2).

¡Y aún ociosos estais, hijos de Apéles?
¡Aun esperais estímulos mayores!
Movéd buriles, fatigad pinceles,
Preparad lienzos, repartid colores,
Y en bellos cuadros mereced laureles
Propios á ennoblecere vuestros sudores;
Y que la España enseñe á otras naciones
A emprender y pintar nobles acciones.

Que artes bien nobles son, pues que se pide
Hermosura y nobleza en lo que imitan,
Fernando, desde el solio en que reside,
El amparo les da que necesitan;
Y pues su augusto hermano las preside,
Francisco y Sebastian las ejercitan,
Y Francisca de Asis se place en ellas,
¡Cómo podrán no ser nobles y bellas!!

II.

ARTE POÉTICA (3).

Canto primero.

Cualidades de los buenos versos y de los buenos poetas.

Del Pindo en vano en la superna cumbre
Aspira á merecer métricos lauros
Temerario escritor. Si no le inflama
Estro divino, ó ya no plugo al cielo
Que naciese poeta, en corta esfera
Su escaso ingenio arrástrase cautivo;
Y su infeliz clamor encuentra siempre
A Febo sordo, indócil al Pegaso.

¡Oh tú, que sigues del talento ameno,
Con peligroso ardor, la áspera senda!
Guarda no consumirte en pobres versos,
Ni, atribulando á fugitiva musa,
Al ansia de rimar ingenio llames;
Teme de tu afición el falso halago,
Y antes que escribas tu aptitud sondea (4).

Entre los claros genios que benigna
Creó natura, en repartir se place
Sus varios dones. Pinta bien el uno
En dulces metros amorosa pena;
Un epigrama armar de un dicho agudo
Sabien otros también; hasta los astros
Malherbe (5) encarecer los claros héroes,
Y celebrar Racan (6) bosques y ninfas.
Mas hay también quien las lisonjas oye
De su amor propio, y engañado escribe;
Y el que de algún meson con rudos versos
Iba tiznando ayer los rotos muros,
Hoy á cantar se arroja impertinente
Del pueblo hebreo la triunfante fuga;
Por los desiertos á Moisés persigue,

(2) El Escorial. (Nota del Colector.)

(3) Traducción del *Art poétique* de Boileau. Hizo ARRIAZA esta traducción para el Seminario de Nobles de Madrid. (Id.)

(4) Horacio, *Arte poética*, 38, etc. (Id.)

(5) François de Malherbe, poeta francés del siglo XVI, notable especialmente por la pureza de su lenguaje y de su estilo. (Id.)

(6) Honorat de Bueil, marqués de Racan, discípulo y amigo de Malherbe. Escribió idilios, muy estimados en su tiempo. Fue uno de los primeros indiydnos de la Academia Francesa (1635). (Id.)

Y con su duro Faraon se anega (1).
Ya festivo trateis, ya grave asunto,
Hermánese la rima al buen sentido,
Que discordes no están cuanto alguien piensa.

Sierva es la rima, obedecer le cabe:
Quien primero en buscarla se afanaba,
Hállala luego dócil á su mente:
De la razon al yugo al fin se rinde,
Y, lejos de dañar, sirve y adorna.
Mas de quien la descuida ella se esconde,
Y el sentido despues la busca en vano.
Seguid, pues, la razon, y de ella sola
Valor y lustre vuestro verso aguarde (2).

De insensato furor alucinados,
Los más desquician siempre el pensamiento,
En sus monstruosos versos desdeñando
Decir lo que otro imaginar pudiera.
Huyamos tal exceso, y la honra toda
De tan vano oropel guarde la Italia.
Todo ceda y se acerque al buen sentido;
Que si es la senda angosta y resbalosa,
Y á leve olvido el precipicio sigue,
Sólo por ella la razon camina.

Autor hay que prolijo no descansa
Si su objeto no apura y desmenuza:
Se le ofrece un palacio, y lo primero
La fachada te pinta; una por una
Por las estancias todas te pasea;
Cada dos pasos á un balcon te asoma
Para que notes los balaustrines de oro;
Un vestibulo aquí, la escalinata
Por otro lado, y por contar del techo
Los óvalos, la nuca te destruye.
Todo astrágalos es, festones todo.
Yo voy saltando páginas, y apenas
Por el jardín me salvo escabullido (3).
Huye tú así tan vanos pormenores;
Siempre lo que es superfluo es enojoso,
Y empalagado el gusto lo repugna:
Sabrá escribir quien sepa ser conciso.

Por evitar un mal, ¡oh, cuántas veces
Damos en mal mayor! (4). Un verso flojo
Que voy á corregir, duro le vuelvo.
Quiero no ser prolijo, y me hago oscuro:
Aquél, por no afectar, es seco y pobre;
Este no es bajo, y piérdese en las nubes.
Quieres te ame el lector, varia el estilo;
Que si uniforme y siempre igual camina,
Aunque más brille, es fuerza nos aduerma
Y son poco leídos los autores
Que, reclamamos del sueño, en igual tono
Nos cantan siempre á estilo de salmódia.
Feliz aquel que con flexible verso
Y con ligera voz llevarnos sabe
De grave en dulce y de jocoso en serio (5):
Dulce al lector su libro, á Febo grato,
Hará que sin cesar de su librero
Cerquen la tienda ansiosos compradores.

En todo asunto huid los bajos modos,
Pues cabe su decoro en todo estilo.
Pudo agradar ó deslumbrar un día
Burlesco absurdo, á confusion del juicio;
Henchida de retruécanos vulgares
Corrió sin freno licenciosa rima;
Y el Pindo habló lenguaje de mercados,
Disfrazado en truhan el mismo Apolo (6).
De la provincia se extendió esta peste
A París y la corte, desde el pueblo
A boca de los príncipes pasando:
No hubo, en fin, chocarrero sin aplausos,

(1) Alude al académico francés Marc-Antoine Gérard de Saint-Amand, autor de un poema épico *Moise sauvé*. Algunos críticos franceses juzgan que Boileau trata á este poeta con sobrada severidad. (Nota del Colector.)

(2) Horacio, *Arte poética*, 309.

(3) Alude á Scudéri, autor del poema *Ataric*, en el cual se emplean cerca de quinientos versos para describir el palacio del héroe. (Id.)

(4) Horacio, *Arte poética*, 25, 31, 230. (Id.)

(5) Horacio, *Arte poética*, 345. (Id.)

(6) Alude al poema de Scarron, *Virgile travestí*. (Id.)

Y el mismo D'Assoucy (7) logró lectores.
Al cabo ya la extravagancia fácil
De tan vil gusto apercibió el palacio;
Lo que es grotesco ó natural gracioso
Distinguir supo, y desterró por siempre
A las provincias la grosera gracia.
¡Oh, nunca empañe tus sencillos versos
Género igual! mas de Marot (8) aprecia
La culta chanza, y de talento sirva
La burla infame al charlatan de plaza.

Tampoco vayas, de Brébeuf (9) á ejemplo,
Por ser Farsalia, en campos hacinando
De heridos héroes montes gemebundos.
Toma un medio, con arte sé sencillo,
Noble sin pompa, y sin afeite grato.
Cuanto agradar no deba, omite cauto,
Severo oído á la cadencia ajusta,
Y el hemistiquio en la mitad del verso
Quede siempre suspenso, haga una pausa.

Procura que en el tuyo presurosa
Una vocal con otra á herir no vaya;
Sonoras voces presta á la armonía,
Y huye el encuentro de sonidos duros:
La idea más feliz, el mejor verso
Pierde el vigor cuando al oído ofende.

Del Parnaso franceses allá en la infancia
El capricho fué ley: líneas rimadas,
Voces de inelegante desaliño,
Sin ritmo ni medida eran los versos:
En tan grosera edad supo el primero
Villon dar regla á la rutina oscura
Del viejo trovador; Marot tras éste
Con mascaradas, tríos y balatas
Varió la rima, y al rondel gracioso
Con estribillo intercalar sujeta,
Nuevo artificio en componer mostrando.
Ronsard (10) despues con raro modo emprende
Todo arreglarlo, y todo lo confunde;
Y aunque gustó algún tiempo, al fin la musa,
Que en frances quisó hablar latin y griego,
Vió derrumbarse con grotesco salto
De sus vocablos el pedante orgullo,
Y del loco escritor la gran caída
Sirvió á Deporte y Berto de escarmiento (11).

Vino Malherbe, en fin, primero en Francia
Que al metro supo dar cadencia justa:
Mostró el valor de bien situadas voces,
Y al Pegaso, aun feroz, redujo al freno.
Sabio escritor, á quien la lengua debe
No herir ingrata al delicado oído:
Dió movimiento y gracia á las estancias,
Y vedó el cabalgar verso con verso.
A todos fué, y aun es, modelo y guía.
Sigamos, pues, sus huellas, imitando
De su elegante frase la pureza;
Porque á la menor duda que en el verso
Suspende la atención, desmaya al punto,
Y de sonidos vagos fastidiada,
Al misterioso autor seguir desdeña.
Talentos hay que entre tinieblas densas
Sus confusas ideas siempre envuelven,
Impenetrables de razon al rayo;
Tú, antes que escribas, á pensar aprende;
La expresión copia siempre al pensamiento,
Clara ú oscura, como lo es él mismo;
Lo que bien se concibe bien se enuncia,

(7) Charles Coupeau d'Assoucy. Tradujo en versos burlescos *El robo de Proserpina*, de Claudiano, y *Las Metamorfosis*, de Ovidio. (Nota del Colector.)

(8) Clément Marot, famoso poeta francés del siglo XVI. Fué hecho prisionero por los españoles en la batalla de Pavía. (Id.)

(9) Guillaume de Brébeuf. Tradujo en verso *La Farsalia*, y prefería Luciano á Virgilio. (Id.)

(10) Pierre de Ronsard, famoso poeta del siglo XVI. Su afán pedantesco de introducir el griego en el frances dañó mucho á su poesía y á su gloria. (Id.)

(11) El abad Philippe Desportes, feliz imitador de Marot. Murió el mismo año en que nació Corneille (1606). — El obispo Jean Bertaut imitó á Ronsard, evitando el énfasis y la afectación. Contribuyó á la conversión de Enrique IV. — Para que este verso de ARRIAZA sea verso, hay que pronunciar Bertaut de esta manera: Bérto. ¡Singular audacia tenía el poeta para castellanizar los apellidos extranjeros! (Id.)

Y voluntaria la dición se ofrece.
Sobre todo, la lengua en vuestro estilo,
Siempre sagrada é inviolable sea:
Con voz impropia ó con vicioso modo
En vano adula ingrato són mi oreja;
Ni hay para mi aflicción como el encuentro
De un solecismo en la mitad de un verso.
El autor más sublime, sin lenguaje,
Será en el fondo un escritor maldito.

Trabaja, aunque te apuren, con sosiego,
No de inútil presteza haciendo alarde;
Rápida frase de tropel forjada,
Más que el ingenio, el poco juicio indica;
Así, por blanda arena deslizado,
Y entre flores perdido el arroyuelo,
Más me deleita que el rumor fragoso
Con que un torrente entre peñascae cae.
Afánate despacio; y veinte veces
La tela vuelva al obrador tu mano.
Limar conviene siempre, y pulir mucho,
Añadir algo, y condenar sin miedo (1).

Ni basta que un escrito, hirviendo en faltas,
Rasgos de ingenio alguna vez despida;
Su lugar propio ocupe cada cosa,
Y al principio y al fin responda el medio;
Y, cual piezas por mano delicada
Juntas, un solo todo hagan las partes (2).
Ni lejos del asunto divagando,
A buscar vayas frases peregrinas.

¿La crítica te espanta? A criticarte
Aprende tú severo: la ignorancia
Es de sí propia nata admiradora.
Busca amigos que sepan ser censores,
De todo error intrépidos contrarios;
Confiales tu obra, y para oírlos,
La vanidad de autor caiga á sus ojos;
Mas no llames amigo al lisonjero
Que en aplauso exterior de tí se burla;
Toma al consejo, y no al elogio, gusto.

Al punto exclama un lisonjero: ¡Oh, bravo!
No hay verso que no admire y no celebre;
Todo es bello, divino, con elogios
Te interrumpe al leer, y de ternura
A cada paso el llanto se le suelta.
De extremos tales la verdad carece:
Inflexible, severo, el buen amigo
Nunca en errores descansar te deja,
Negligencias de estilo no perdona,
Ni dislocado un verso sufrir puede;
La locución enfática reprime,
Allí el sentido, aquí la frase enmienda;
Aquella construcción, dice, es oscura,
Aquel término equivoco, aclaradlo:
Así habla siempre el verdadero amigo (3).
Mas tal lenguaje raro autor le escucha:
Tercos en defender cuanto producen,
Del agraviado error toman la parte.
¿La expresión, dices, de este verso es floja?
—Justamente es mi verso favorito,
Responderá.—Por fría yo quitára
Aquella voz.—La más feliz de todas.
—Me disgusta esa frase.—A todos gusta.
Firme así en no ceder, tu misma nota
Le da á estimar su error, y luego dice
Busca un censor que de sus versos sea
Juez imparcial; mas su modestia es lazo
En que te prende, á fin de que los oigas (4).
Los oyes, y te deja; y otro incauto
Busca á quien embobar, que nunca falta;
Que si necios autores tiene el siglo,
De admiradores necios no escasea;
Pues se hallan en París, como en provincia,
En el alto palacio y grave foro:
Engendro literario no hay tan triste

(1) Horacio, *Arte poética*, 292. Sátira x, 72, lib. I. (Nota del Colector.)

(2) Horacio, *Arte poética*, 23. (Id.)

(3) Horacio, *Arte poética*, 424, 428, 445. (Id.)

(4) Alude al poeta Philippe Quinault, maltratado en las *Sátiras* de Boileau. «Se reconoció conmigo, dice el mismo Boileau, únicamente para poder hablarme de sus versos.» (Id.)

Que no halle un cortesano por padrino,
Y, en sátira acabando, nunca falta
A un tonto otro más tonto que le admire.

Canto segundo.

Carácter, estilo y propiedad concerniente á cada género de poemas.

Cual no se adorna en fiestas la aldeana
De oro luciente ó rica pedrería,
Mas de su prado amigo alcanza flores,
Que da en guirnalda á sus airosas trenzas;
Así halagüeño y con modesto porte
Brilla sin pompa el elegante idilio;
Su estilo, simple, ingenioso y no fastoso,
Esquiva el lujo de pomposos versos,
Y debe sólo á su genial dulzura,
No á grandes frases, el placer que inspira.

Muchos, perdiendo el hilo delicado,
Rabel y avena de despecho arrojan,
Y locos, en mitad de un tierno idilio,
Hacen sonar la rumorosa trompa;
De miedo Pan se esconde entre las cañas,
Y huyen al agua tímidas las ninfas.

Otros, de humor contrario, á sus pastores
Prestan lenguaje tan villano y tosco,
Que el desgraciado verso tristemente
Por la tierra se arrastra envuelto en lodo;
Cual si Ronsard grosero á inflar volviera
La ruda avena en góticos idilios,
Convirtiendo, á despecho del oído,
A Títilo en *Anton*, y en *Menga* á Filis.

Sigue, si anhelas el mejor sendero,
De Virgilio y Teócrito los pasos;
Lee sus áureas páginas, escritas
De mano de las Gracias, noche y día (5):
Reglas del arte son sólo sus versos,
Que lo más bajo á ennoblecer enseñan,
A pintar á Pomona en sus vergeles,
Flora en sus campos, y de dos pastores
Decir el dulce contender cantando;
Lazos de amor llorar inevitables,
A Dafne hacer laurel, flor á Narciso,
Y con cual arte, en fin, selva y zamponía
Pueden á veces ser de un cónsul dignas (6).
Tal gracia, tal valor la égloga tiene.

Con más sublime són, no más altivo,
La flébil elegía, en negro manto,
Suelto el cabello, entre cipreses llora:
Gustos de amor pintando ó dulces penas,
Commueve ó satisface á la hermosura;
Mas para propagar tan blando fuego
Conviene amante ser más que poeta.
¡Oh cuál la musa lánguida me enoja,
Que de su llama siempre habla entre hielos,
Y artificiosa, por rimar, presume
Siempre morir ó enloquecer de amores!
Voces son, y no más, sus graves ansias;
Sólo por tema arrastran sus cadenas,
Su afán bendicen, su prisión adoran,
Y dan al juicio y la razón tormento.
No fué, en verdad, tan afectado el tono
En que inspiraba amor los dulces versos
Que suspiró Tibulo, ni de Ovidio
Inflamando la tierna melodía,
De la amorosa ciencia los arcanos
Así dictára. Al corazón tan sólo
Toca dar blando aliento á la elegía.
Igual en brio, y superior en pompa,
La oda sus alas ambiciosas tiende,
Y sube al cielo á embelesar los dioses.
Ya en Élide (7) abra el campo á los atletas,
Ya al polvoroso vencedor corone,
O á Aquiles en furor pinte á la orilla
Del Simoente, ó al soberbio Escalda

(5) Horacio, *Arte poética*, 268. (Nota del Colector.)

(6) Virgilio, Égloga iv, 3. (Id.)

(7) Boileau designa aquí á Pisa, la antigua capital de la Élide, donde se celebraban juegos olímpicos. (Id.)

Haga humillarse de Luis al yugo.
Cual oficiosa abeja á veces vuela
De flor en flor, los prados despojando,
Danzas, festines, juegos ora pinta;
Ora un beso celebra, dulce robo
De los labios de Filis, que sin fuerza
Le rehuye, y que á veces caprichosa,
Para dejarle arrebatar le niega (1);
Y aunque sin freno al parecer delira,
Hijo es del arte su desórden bello.

Léjos de mí los tímidos cantores
Que al estro dan didáctica medida,
Y no del héroe el vuelo generoso,
Sino el hilo sutil del tiempo siguen.
Ni osan alzar los ojos de la historia,
Ni á Dola toman sin rendir á Lila (2),
O si con versos coronistas ántes
No echan por tierra de Courtraí los muros,
¡En fuego oh cuán avaro les fué Apolo!

Por probar á los galos rimadores
Aquel singular dios, dicen, que un día
Rígidas leyes prescribió al soneto.
En dos cuartetos de medida iguales
Con gracia hizo alternar dos solas rimas;
Luego seis versos enlazó en tal modo
Que el concepto en tercetos los separe:
Toda licencia prohibió en tal obra,
Fijóle el mismo número y cadencia,
Cerró la entrada á todo verso débil,
La misma voz no consintió dos veces,
Y así, en fin, le adornó, que si es perfecto,
Al más largo poema en precio iguala.

Mas ¡ay! que inútilmente mil poetas
Al premio aspiran: el soneto es fénix
Que aún está por hallar: se admira apenas
En Gamboldo, en Minard ó Malevila (3),
Uno ó dos entre mil; los otros tristes,
Cual los de Pelletier, sin ser leídos,
Del librero al droguista van de un salto,
Porque les viene siempre al pensamiento
Larga ó corta la rígida medida.

En más ceñidos límites, más libre,
El epigrama es, con frecuencia, sólo
Un dicho agudo envuelto entre dos rimas.
Tiempo fué en que ignoraron nuestros vates
Del conceptillo ó sutileza el uso:
De esta plaga la Italia el don nos hizo,
Y al vulgo deslumbró, que al nuevo cebo
Ávido corre, y de favor le colma;
El insolente cunde, y luego infesta
Con enjambre de equívocos el Pindo:
Al simple madrigal primero invade,
Penetra luego hasta el soneto altivo,
Abrigale en su estilo la tragedia (4),
La elegía le admite en sus clamores:
No daba amor suspiro sin concepto,
Ni hubo pastor que en su dolor no fuera
Más fiel á la agudeza que á su Filis.
Andaban los vocablos con dos caras,
Como en el verso, en la corriente prosa;
Con ellos hizo equívoca el jurista
La ley, y el doctor grave el Evangelio (5).

La ultrajada razón, al fin despierta,
Le expulsó por jamas del serio estilo,
Y marcado de infamia en cualquier obra,
Le confinó por gracia al epigrama
Con tal que el chiste láncese oportuno
Del pensamiento, y nunca del vocablo.
Así se atajó el mal, aunque en la corte
Quedaron siempre inspidos graciosos,
Miserables juglares, partidarios
Del gusto añejo del jugar de voces.

(1) Horacio, Oda xii, lib. II. (Nota del Colector.)

(2) Lila y Courtraí se rindieron en 1667; Dola en 1668. (Id.)

(3) Gombaut, poeta conceptuoso é insulso, muy admirado en el famoso Hôtel de Rambouillet; Maynard, discípulo de Malherbe; Malleville, muy aplaudido por sus sonetos. Estos tres literatos entraron en la Academia Francesa en la época de su fundación. ARRIAZA españoliza aquí sus apellidos de un modo harto extraño. (Id.)

(4) Boileau alude especialmente á la *Stivie*, de Mairet. (Id.)

(5) Alude especialmente al predicador agustino el padre André, que salpicaba sus sermones de chistes de mal gusto. (Id.)

No porque yo repruebe que festiva
O maligna la vena á tiempo abuse
Del sentido indirecto de un vocablo;
El exceso reprendo, y que te ocupes
En aguzar con frias sutilezas
La cola de un insípido epigrama.

Cada poema en galas privativas
Se adorna: así, por hijo de las Galias,
Muestra el rondel su ingenuidad alegre:
En su gótica forma aún la balata
Por el capricho de las rimas luce;
Y el simple madrigal en noble tono
Respira amor, ternura y sentimiento.

De sátiras se armó la verdad misma,
No por herir, mas por mostrarse al hombre:
Lucilio la adoptó (6), cual fiel espejo
De los vicios de Roma, vindicando
A la humildad de la opulencia altiva,
Y al justo á pié del pérfido en litera.

Horacio á esta acritud su humor jocoso
Juntó, sin que en su tiempo hubiese en Roma
Fatuo ni necio impune, y triste el nombre
De escarnio digno, y propio á la cadencia,
Que se halló preso en su maligno verso.

Persio, en el suyo, oscuro aunque nutrido,
Más cosas afectó envolver que voces.
Juvenal, hecho al escolar estruendo,
La hipérbole mordaz lleva á lo sumo;
De terribles verdades su obra henchida,
En sublimes bellezas centellea:
Ya que, al abrir de un pliego, á sus piés huella
Del vil Seyano la adorada estatua;
Ya que al Senado arrastre á los ministros
Aduladores trémulos é infames
De un suspicaz tirano; ó, roto el freno
De su impúdica furia, á Mesalina
Venda en vil precio al lupanar romano;
Siempre en estro y furor sus versos hierven (7).

Procaces versos toleró el latino;
Mas el lector frances ama el decoro:
Cualquier sentido obscuro le displace,
Cuando la voz no le disfrazaba honesta:
Candor quiere la sátira, y no en voces
Desvergonzadas predicar vergüenza.

Arte y juicio aún la leve seguidilla
Requiere (8). Mas no es raro que el acaso
O el vino inflame á una ignorante vena,
Y un niño sin talento haga una copla.
De hallazgo tan casual no el humo vago
Suba á desvanecer tu mente incauta.
¡Que es ver cómo el autor de una coplilla
Se apropia al punto el título de vate!
Luego un soneto suda, ó bien trasnochada
Por seis repentes que improvisa al día;
Y gracias si, en locura rematado,
No imprime al fin sus maravillas necias,
Y él mismo al frente de ellas no se graba
Por buril diestro, y de laurel ceñido.

Canto tercero.

Reglas del buen gusto para las tres más arduas empresas de la poesía: Tragedia, Poema épico y Comedia.

LA TRAGEDIA.

No hay sierpe horrible ó monstruo que no pueda
El arte imitador volvernó grato,
O á quien de un pincel vivo el artificio
No comuniqué gracia. La Tragedia
Así, cuando de Egisto (9) ensangrentado

(6) Horacio, *Sátira I*, lib. II, 62. (Nota del Colector.)

(7) Aquí suprime ARRIAZA la traducción de siete versos de Boileau. (Id.)

(8) Aquí suprime igualmente muchos versos, y sustituye la seguidilla al vaudeville, del cual habla Boileau, tomándolo en su primitivo sentido, esto es, el de coplas satíricas populares. (Id.)

(9) Boileau no menciona aquí á Egisto, sino á Edipo, aludiendo á la obra inmortal de Sófocles. (Id.)